

ramente local. Sin embargo, lejos de generalizar y de ofrecer recetas abstractas, Kennedy estudia caso por caso, en la parte mejor y más compacta de su obra, el "impacto regional" de las nuevas corrientes en Japón y China, en la antigua Unión Soviética, en Europa, en los Estados Unidos y en los países en vías de desarrollo (donde establece una atractiva distinción entre ganadores y perdedores en las nuevas tendencias). Es cierto, sin embargo, que *Préparer le XX^{ème} siècle* adolece de cierta irregularidad: el autor maneja como pocos los datos histórico-políticos y se muestra familiarizado con los problemas militares, las estrategias y los armamentos. En cambio, la información en asuntos científicos y tecnológicos produce una impresión poco grata de noticia de segunda mano, empleada a veces de forma acumulativa y generalizante.

Cabe recomendar especialmente al lector el capítulo VI (*L'État-nation demain*), quince páginas solamente, llenas, pese a su brevedad, de lúcidos análisis: por ejemplo, éste: es probable que los poderes del Estado nacional hayan sido cercenados a lo largo de las últimas décadas; pero es seguro que sigue siendo el núcleo básico de identidad para la mayoría de la gente. Un planteamiento digno de reflexión y, al tiempo, de contraste con el de otro ensayista de moda, Alain Minc,

competidor también con el historiador de Yale en las listas de *non-fiction* que tanto éxito tienen en el mercado de las ideas de nuestro tiempo. ■ M^o G. P.

Roland Vaubel,
*The Centralization
of Western Europe*
(The Common Market, Political
Integration and Democracy)
Institute of Economic Affairs
Londres, 1995, 75 págs.

La década de los noventa cambiará la naturaleza del proceso de integración europea. La crisis post-Maastricht tal vez demuestra que la Comunidad Europea ha sido víctima de su propio éxito. Sus deficiencias y ambigüedades políticas resaltan más una vez que ya no existe un núcleo de soberanía que los estados nacionales puedan invocar como tal frente a su acción siempre expansiva. El secretismo diplomático y la tecnocracia incontrolada, tanto tiempo dominantes en la toma de decisiones comunitaria, no son de recibo a estas alturas.

Sin embargo, también está claro que no hay suficiente consenso popular para reformar las peculiaridades institucionales y políticas comunitarias reproduciendo abierta y ge-

neralizadamente la forma del Estado-nación en el nivel europeo. La ampliación para incluir a los países Europa Central y del Este responde con generosidad a una demanda real de paz y prosperidad, pero dificulta aún más la tarea de repensar la integración europea, esta vez utilizando abiertamente categorías políticas.

Es más, muchos de los elementos estatiformes que ya están presentes en la Unión (desde himno, pasaporte, bandera hasta proyecto de moneda única y ciudadanía incipiente), así como sus elementos federales (los rasgos estructurales de su derecho y la predominante toma de decisiones por mayoría en el Consejo), pueden sufrir modificaciones en la próxima reforma de los Tratados en 1996. También puede ocurrir que en lo posible se aplace hacer una reforma seria, dado el escaso consenso existente y la aversión de muchos gobiernos a abrir la caja de Pandora.

El ensayo de Vaubel, profesor de Economía en la Universidad de Mannheim, rompe con la tendencia de utilizar categorías decimonónicas y estatiformes cuando se describen los problemas actuales del entramado comunitario y se ofrecen soluciones que refuerzan la eficacia y la legitimidad de la Comunidad. Su crítica implacable al sistema comunitario actual se formula a partir de un análisis económico, dentro de la

perspectiva de la *public choice* neoliberal más estricta. El principal acierto del ensayo es que analiza de modo sintético, pero muy gráfico, el perverso sistema de incentivos que tienen los actores comunitarios nacionales para utilizar la acción comunitaria como modo de expandir su propio poder y su prestigio. Las descripciones de la Comisión y del Consejo de Ministros y de la "lobbocracia" que les rodea son iluminadoras, aunque Vaubel haga suyo en exceso el lema "simplifica y exagera" acuñado por la revista "The Economist".

Por otra parte, la visión de Vaubel sobre el grado de centralización y descentralización necesarios para construir Europa no descansa sobre premisas claras. El autor se debate entre afirmar que el análisis económico ofrece a priori una división ideal de competencias Comunidad-Estados y dejar que sea el proceso político el que poco a poco trace y corrija esta distribución vertical de poderes. En este sentido, sugiere que encargar a los parlamentos nacionales un desarrollo procedimental del principio de subsidiariedad puede aliviar la excesiva centralización comunitaria. Esta y otras propuestas originales (unanimidad para la transmisión de poderes a la Unión, mayoría para su devolución a los Estados, creación de una agencia independiente para la defensa de

la competencia, eliminación de la cláusula de poderes elásticos del artículo 235 del Tratado de Roma), hacen que la lectura de su ensayo merezca la pena en un momento de encrucijada y en un país cuyo debate parlamentario sobre la ratificación de Maastricht duró aproximadamente diecisiete minutos. ■ **José María de Areilza Carvajal.**

Patricia Morgan,
Farewell to the Family?
(Public Policy and Family
Breakdown in Britain and the USA)
Institute of Economic Affairs
Londres, 1995, 194 págs.

La producción de resultados perversos al margen de la voluntad del político o del legislador es, sin duda, uno de los más graves problemas de la política social contemporánea. Se olvida con demasiada frecuencia que, aunque su promulgación se haga con muy loables propósitos, las leyes crean incentivos a determinadas formas de comportamiento y cada uno tratará siempre de utilizarlas en su beneficio directo o de protegerse de ellas cuando le ocasionen perjuicios. Así una ley que controle, por ejemplo, el precio máximo de venta de una mercancía para hacerla accesible al

mayor número posible de personas lo que logrará, seguramente, es reducir su oferta, hacer que desaparezca de las tiendas y crear un mercado negro de dicho producto. Y una ley promulgada para ayudar a las madres solteras, que establezca como requisitos para acceder a las posibles subvenciones que se trate de mujeres no casadas y que tengan una renta muy baja, lo que conseguirá realmente será que aumente el número de madres solteras y que, además, éstas no trabajen.

Esta es la política que Patricia Morgan denuncia en su estudio sobre los efectos indeseados de la política familiar británica y norteamericana. La autora llama la atención sobre los cambios experimentados por la política fiscal en las cuatro últimas décadas en el sentido de favorecer cada vez más a las familias monoparentales y discriminar en contra de las familias tradicionales constituidas por los padres y los hijos. Piensa Morgan que lo que suele conocerse con el nombre de "política familiar" tiene muy poco que ver con lo que la mayoría de la gente entiende que es una familia y está diseñada en cambio pensando en los cada vez más frecuentes casos de madres solteras con hijos.

Si esta nueva situación no tuviera elevados costes sociales, podríamos pensar simplemente que nos encontramos ante una forma nueva